

SOCORRO

*Abril Gordienko López**

Socorro Ortega amaneció cuando todavía estaba en sombras, sin saber qué la despertó o si sería que no durmió en toda la noche. La incomodidad en la vejiga, el ardor al orinar y la constante sensación de tener ganas la obligaban a usar la bacinica cada media hora. Antes de que oscureciera, había ido caminando lentamente, con las piernas apretadas para mitigar la presión, hasta la pulpería del negro Harris, a comprarle fiada una botella de agua de pipa.

A Socorro la apreciaban en El Hoyo, el barrio marginado donde la mayoría de la población es de inmigrantes nicaragüenses. Vino de León hace cuatro años, con dos hijos de un troglodita machista y violento que le gritaba y le pegaba, hasta que ella se cansó y siguiendo los pasos de su hermana Marta, tomó el camino que había recorrido una misisípica letanía de mujeres antes que ella, para colarse por la montaña y por el río hacia Costa Rica, el país donde sí hay trabajo, donde sí hay vivienda, donde se puede contar con al menos una comida al día, donde los autobuses llegan a cada rincón igual que el agua potable, la electricidad y el teléfono. Con un motete de ropa empolvada de esperanza y con Erlin y Yenifer, sus hijos, Socorro cruzó la frontera mojada y temerosa, pero no tanto como cada domingo, cuando Camilo, el troglodita machista y violento llegaba a la casa emplazándola a gritos, después de beberse en chicha las flacas córdobas ⁽¹⁾ que se ganaba en la plantación de caña, ¡Socorro, Socorro!, por la gran puta, ¿dónde te metiste, jodida?; Dame de comer, puej! Ella lo atendía cada vez, después de llevar a los chavalitos donde la vecina, para que no vieran a su papa ⁽²⁾ en esas condiciones y para que no desquitara en ellos la resaca, como había hecho siempre su propio padre, que después de cada borrachera golpeaba a su esposa y a sus dos hijas, porque eran tres hembras inútiles que no tenían fuerzas para ayudarle en el campo, porque la puta suerte le deparó sólo hijas y ningún varón, porque en el campo se necesitan hombres que jalen a las bestias, que abran los surcos, que carguen los sacos y lleven los aperos; pero no, al padre de Socorro y de Marta le tocó la puta suerte de tener sólo hembras que no sirven para nada más que para que les metan una panza. Por eso él se ponía tapirul ⁽³⁾ en las noches, después de pasar horas trabajando en el cañal, y al llegar a la casa se quitaba la faja y les arreaba a las tres, a la vieja inútil que sólo le dio hembras, y a las chavalitas que no servían para nada.

Socorro se cansó de vivir con miedo, de atisbar el campo para esconderse antes de que su papa monstruo llegara, de sobarse las piernas después de los cinchazos cuando no había escapado a tiempo, y a los quince años se fue a vivir con Camilo, aquel moreno de dientes blancos que se jactaba de haberse echado a tres cabrones sandinistas durante la contrarrevolución, que la cuerdeaba cuando se la encontraba en el pueblo, que un día la acompañó hasta la casa y le dio un beso delicioso, el primer beso de su vida, detrás del ceibo que había a un costado de la vivienda, y que le trenzó sueños y juramentos. Su mama no la detuvo, pa que deje de llevar palo, puej, se dijo. Su papa la fue a buscar al

* Abogada y notaria.
Recepción: 15/3/10 Aceptación: 16/4/10

cuartillo que compartía con Camilo, pero este se le enfrentó con la mano ceñida en el mango del machete que llevaba al cinto, y el papa que era tan arrojado para pegarles a las mujeres se acobardó ante aquel muchacho más joven y más arrojado que él. Porque Camilo se había hecho hombre en la montaña, en los campamentos de la Contra⁽⁴⁾ donde lo llevaron a la fuerza a los catorce años una noche en que los arrechos antisandinistas peinaron cada pueblo llevándose a los chavalitos en edad de pelear, les pusieron un fusil en una mano y un machete en la otra y los internaron en la selva para entrenarlos. Sus familias no supieron de ellos durante meses y hasta años, luego se los devolvieron transformados en salvajes. Cuando Camilo volvió a su casa, en agosto de 1990, su mamá había muerto y no encontró rastro de sus hermanos. Consiguió trabajo de peón en una finca que el gobierno democrático de Violeta Chamorro había devuelto a sus dueños originales y alquiló un cuarto en una humilde pensión donde años después llevó a vivir a su joven mujer, Socorro.

Los primeros meses fueron divinos, confinados en la cama cada minuto que Camilo no estaba en el campo, aislados de lo que los rodeaba como cuando se escucha música a todo volumen con audífonos, sorbiéndose el uno al otro en encantamiento perenne. A los dieciocho años, Soco tenía dos hijos bellos, un varón y una chigüina⁽⁵⁾. Pero como un auto de carreras que recorre el mismo circuito varias veces, pasando una y otra vez por la misma recta y por la misma curva, la historia de Socorro comenzó a repetirse, y los gritos, los golpes, el olor a guaro, el miedo y la soledad se instalaron otra vez en su vida. Aguantó media docena de años, Demasiados, le decía Marta, venite conmigo, dejalo de una vez, pues; es un cerdo, igual que nuestro papa. Marta había emigrado a Costa Rica con su marido que era peón de construcción y la llamaba al menos una vez al mes para decirle que se fuera ella también, que era muy fácil conseguir empleo como doméstica, Yo te cuido a los niños, pues; venite, yo te mando los reales para los pases, haceme caso, niñá. Y se vino, se vino sin saber que nadie escapa a su destino.

Se apretujó en el ranchito de madera y latas de cinc en que vivían su hermana y su cuñado con la hermana de este y su esposo, siete personas en una estancia de doce metros cuadrados compartiendo los olores a humanidad trabajadora y los sonidos del sexo de los adultos y del llanto de los niños. Unos meses después Erlin y Yenifer iban a la escuela y Socorro trabajaba de cocinera en una buena casa, donde le pagaban y la trataban bien. Como su situación era ilegal recorría el camino de su casa al trabajo con miedo de que la policía la detuviera y la deportara. Un día la pescaron y la metieron en un carro perrera con otro puño de nicas. Entre todos ajustaron setenta y cinco mil colones para que los dejaran irse, para que no los devolvieran a Nicaragua. Cuando los soltaron, Silvio Alemán, uno de los detenidos, la acompañó galantemente hasta la puerta de lo que ella llamaba casa.

Silvio siguió llegando a la puerta de la misma casa en El Hoyo, un día con un bollo de pan, otro día con unos confites para los chavalitos y cada día con una promesa de que la vida podía ser mejor de lo que Socorro había conocido hasta ese momento. Conforme se fueron conociendo, tuvo la seguridad de que él era el hombre ideal: no bebía, era evangélico devoto de culto semanal en la iglesia Caminos de Vida Eterna, esforzado, trabajaba como soldador jefe porque era muy listo y el más hábil con la welding⁽⁶⁾. Socorro se había prometido no volver a enamorarse, como todas las protagonistas de las telenovelas que veía cada noche con su hermana, y como ellas, se enamoró, y por sentencia inapelable de la que no escapan las mujeres de su clase, quedó embarazada. No más fue un par de veces, ¿cómo puede ser?, se lamentaba con Marta, ¿y ahora qué hago, pues? Apenas se hizo evidente la hinchazón de su abdomen la patrona que había sido tan buena la echó del trabajo, sin siquiera hacerle preguntas. Pero en este país las leyes te protegen, no pueden despedir a una mujer embarazada, le dijo Silvio. ¡Eso será a las ticas, porque si yo voy a reclamar, ahí mismo me devuelven a Nicaragua, pues! Pero él la quería de verdad, y se ofreció a velar por ella en el último capítulo de la vida de Socorro que tuvo semejanza con las telenovelas.

Silvio vivía en un barrio cercano llamado El Bajo, en otra casucha de madera y latas que compartía con una hermana y su marido. El espacio era tan promiscuo como en la casa de Marta; a los niños los acomodaron en un colchón en el suelo que durante el día guardaban debajo de la parodia de cama en que dormían Silvio y ella, a un metro de la de su cuñada. Un bombillo pelado colgado del centro del techo daba toda la luz con que contaban; contra la pared oeste una mesa rústica con tres sillas, y al norte una plantilla de gas con dos fuegos junto a la pileta que servía para lavar platos y ropa y para el aseo de los habitantes del cuarto; la única ventana estaba en la pared sur, a la par de la puerta, que no era otra cosa que una lata montada sobre una armazón de madera, la cual cerraban con candado y una cadena que pasaba por un hueco abierto en la lámina contigua. Ahí estaba cuando le empezaron los dolores de parto una noche de octubre que llovía casi tanto adentro como afuera y el agua corría sin interrupción por el piso de tierra, acarreado la basura y la inmundicie que se rebalsaba de las letrinas de los otros ranchos. Silvio aún no había llegado; desde hacía semanas volvía tarde porque Socorro, incómoda con tanta gente cerca y con su estómago cada vez más grande, no le daba lo que él buscaba en la cama y tampoco quería acompañarlo a bailar. El marido de su cuñada la llevó al Hospital México y la depositó en la puerta de Emergencias, como el lechero deja las botellas de leche en la puerta y se marcha sin esperar a que abran.

Teilor nació a la una con veinte de la mañana, bajo de peso y con dificultades para respirar por su cuenta. Socorro llevaba varios meses desempleada y comía poco para dejarles más comida a Erlin y a Yenifer pues lo que Silvio aportaba no era suficiente. Es mi culpa, sí, pensó, que mi tiernito haya nacido bajito de peso. A ella le dieron el alta al día siguiente, pero al bebé lo dejaron en incubadora en el Hospital de Niños y ella iba a verlo cada vez que lograba cazarle unos cuantos pesos a Silvio para pagar el bus.

Dos meses después, cuando le entregaron a Teilor, tenía un nuevo empleo como cocinera en una soda, donde le pagaban muy bien, pero salía tarde, por lo que Yenifer dejó de ir a la

escuela para cuidar a su hermanito. Silvio no se encariñó mucho con el chiquito, ni siquiera fue a conocerlo al hospital, sino que lo vio por primera vez cuando Soco lo trajo a la casa. Lo puso a dormir en una caja de cartón con el fondo forrado de burucha cubierta con una bolsa de plástico y encima una cobija, pero gran parte de la noche lo caminaba en brazos para que no molestara a los demás con su llanto.

La relación con Silvio se deterioró aún más, él sólo le dirigía la palabra para hacer reclamos, llegaba tarde y a veces no se aparecía en toda la noche, comenzó a beber, dejó de ir al culto los sábados y regañaba a los chiquillos por las cosas más banales. Socorro ya no soportaba, pero no podía hacer otra cosa que aguantárselo porque donde Marta no había espacio para ella con sus tres niños. Se propuso ahorrar para buscarse su propio cuarto. Por primera vez se atrevió a soñar con un sino diferente, con trocar su vida por la de una mujer libre de miedo y humillación, una mujer dueña de sí. Tardó dos sacrificados años en lograrlo.

Se mudó un sábado de mañanita, aprovechando una de las acostumbradas ausencias de Silvio; cogió sólo la ropa y el colchón de los niños enrollado con un mecate y recorrió cinco kilómetros a pie de vuelta a El Hoyo, porque ningún bus la montaba con esa carga. Su casa era un rancho que alguien había abandonado y que los vecinos zopilotes habían dejado en estado lamentable pero con sus cuatro paredes en pie. El esposo de Marta le hizo unas reparaciones para adecentarlo, su hermana le regaló una mesa rancia y Erlin y Yenifer rescataron algunos enseres y hasta una colchoneta de un tiradero de basura. El dueño de la soda donde trabajaba le regaló un par de sillas rencas, unas ollas y otros trastes que ya no se utilizaban en el negocio. Por primera vez en sus veintinueve años de vida, Socorro era soberana, lo que le produjo la misma sensación que si se hubiera sacado el premio gordo de la lotería.

Su soberanía duró exactamente treinta y siete horas. El domingo en la noche, con unos golpes bruscos en la puerta, Silvio le notificó

que retomaría el poder por la fuerza. Entró directamente a acomodarse en el colchón de Socorro y no hubo palabras humanas capaces de echarlo. La noche siguiente se negó a abrirle la puerta y él la despedazó de una patada. ¡Esta es mi casa y nadie me va a impedir que entre!, No es tu casa, es mía, vos no pusiste un real para nada, jodido, así que andate. ¡Ve a ver si me podés sacar, cabrona! Ella no tenía la fuerza física para sacarlo de allí, pero estaba decidida a lograrlo de alguna manera.

La violencia de Silvio le facilitó la tarea. Él la golpeaba si la comida no estaba caliente, si Teilor lloraba en la noche, si lo miraba feo o si no quería tener sexo con él, ¿Quién te creés que sos grandísima hijueputa?, ¡sos mi mujer!, puej, ¿me oíste bien?, vos hacés lo que yo te diga y se acabó, jodida. Cuando los niños intervenían para defenderla, también resultaban molidos. Después de una semana de vivir en ese infierno, acompañada por Marta, se presentó al Juzgado Primero de Familia de San José y solicitó medidas de protección. El Juez ordenó a Silvio salir inmediatamente del hogar familiar y mudarse de domicilio, no acercarse a Socorro ni a los niños y pagarles una pensión mensual de veinte mil colones. Silvio recibió la notificación judicial en su trabajo y se fue inmediatamente a buscarla a la soda, pero no se le pudo acercar porque el patrón no lo dejó pasar de la puerta. Furibundo, se alejó gritando que la iba a matar.

Socorro salió de trabajar más temprano esa tarde, fue a su casa a recoger a los niños y se los llevó donde Marta a pasar la noche. El lunes 2 de febrero de 2004 volvió a su casa a pesar de que no se sentía bien, ese día los calambres en la vejiga que la venían mortificando se ensañaron más. Es este viento tan helado que se me mete por dentro y me pone así, pensó, entonces se tomó un poco de caldo de hueso de res para calentarse, pero no tuvo alivio así que se fue a la pulpería del negro Harris a comprar agua de pipa. Al regreso, les dio de comer a los niños y se sentó a oír el radio, para distraerse, para no pensar en el dolor y para no pensar en el miedo, en Silvio, en los gritos, en los golpes, en ... ¿Irá a venir esta noche ese

zángano? Tal vez ya se le pasó la furia o anda bien emparrandado por ahí... Se dio el lujo de pensar por unos minutos en lo que habría sido su vida si no lo hubiera conocido la noche que la policía la detuvo, o si algún otro, no Silvio, se hubiera ofrecido a acompañarla hasta la casa, o si la hubieran deportado, entonces habría tratado de volver porque en Nicaragua estaban su papa y Camilo el troglodita, y también estaba el hambre, y lo mejor era haber venido a este país donde sí hay trabajo, donde sí hay vivienda, donde se puede comer al menos una vez al día, donde los autobuses llegan a cada rincón igual que el agua potable, la electricidad y el teléfono, y aquí me voy a quedar, pero sin ningún hombre, no quiero nada con esos cabrones, con esos miserables, con esa manada de salvajes que son todos, mi papa, Camilo, Silvio, todos son iguales, puej, unos bolos⁽⁷⁾ y unos maricones que sólo se sienten hombres si le pegan a una mujer. Dormitaba entre imágenes de Silvio, de Camilo, de Marta, de su papá, de sus niños, se despertaba cuando oía un ruido y al ver que no era nada, se dormía de nuevo unos minutos eternidad, pero cuando miraba el reloj se daba cuenta de que había dormido poquísimo y de vuelta a orinar en la bacinilla, a sobarse el vientre, a tomar agua, a tratar de descansar.

Socorro Ortega amaneció cuando todavía estaba en sombras o tal vez nunca anocheció aquel día, sin saber qué la despertó o si sería que no durmió en toda la noche. Abrió los ojos, estremecida por una punzada en la vejiga y se levantó para buscar la bacinilla cuando lo sintió, lo olió, lo oyó, lo vio. De una ojeada instintiva verificó que los niños dormían, buscó la puerta y corrió hacia la luz que estaba despuntando; Silvio la interceptó, forcejearon, gritaron, rodaron, ella logró levantarse y él la siguió, la trató de agarrar del pelo, pero se quedó con un mechón en la mano. Soco sintió el primer golpe en la espalda, ¡Vení, cabrona!, creyó que se le quebraba, ¿dónde creés que vas?, el dolor era insoportable, ¿Con que me denunciaste, ah?, pero en seguida fue reemplazado por otro aún más fuerte en el brazo y otra vez en la espalda, ¡Me denunciaste, hijueputa, tomá, tomá!, y otro golpe le rozó la oreja rasgándola hasta dejarla colgada solamente

por un hilo de piel, ¡Esto es poco pa lo que te merecés por bocona! Se dio vuelta y vio durante milésimas de segundo el brillo del metal, la punta redonda y magullada por los cientos de clavos de acero que debía haber clavado, ¡Tomá, tomá, para que no me volvás a joder, oíste!... Socorro no llegó a escuchar a los vecinos que salieron de sus chozas a ver quién hacía tanta alharaca, no oyó a sus hijos llorando aterrados ni ladrar a los perros de todo el vecindario, no olió el aroma a café fresco que comenzaba a inundar el aire, no vio el sol colarse por los callejones y resplandecer el cinc de las paredes y de los techos, sólo vio el brillo del metal, la punta redonda y magullada del martillo empuñado por Silvio, por su papá y por Camilo, un golpe cada uno, por hembra inútil, por ingrata, por insolente, por esto y por aquello, y comprendió, durante la última milésima de segundo de su vida, antes de dejar de respirar, de sufrir, de luchar, de aguantar, de subsistir, que nadie escapa a su destino.

“Martes 3 de febrero de 2004.

Mujer asesinada en El Hoyo había sido amenazada de muerte. Excompañero tenía orden de no acercarse a su casa desde el 30 de enero pasado.

El homicidio de Socorro Ortega Quiñones, de 29 años, estuvo precedido de una serie de amenazas de muerte por parte de su excompañero, según contaron ayer familiares de la occisa. Sobre el sujeto, de apellidos Alemán Sánchez y de 34 años de edad, pesaba desde el pasado 30 de enero una orden de no acercarse a la casa de la mujer por antecedentes de violencia doméstica. Eso no bastó para impedir que ayer a las 4:50 de la mañana la atacara con un martillo en la ciudadela El Hoyo, donde ella vivía con sus hijos tras haber dejado la casa que compartía

con él y su familia, debido a los malos tratos que él le daba. La víctima, madre de tres hijos, recibió varios golpes en la espalda, un brazo y la cabeza, la cual quedó severamente deformada. Las intimidaciones no eran nuevas, tanto así que el mismo día en que el Juzgado de Familia de San José dictó la resolución Alemán le advirtió que su vida corría peligro. "Creo que esto (el homicidio) lo tenía planeado, sí. Ella había querido dejarlo varias veces, pero él la amenazaba. El mismo 30 de enero él la fue a buscar a la soda donde ella trabajaba y le dijo que la iba a matar. Por eso yo le dije a mi hermana que se fuera bien largo, pero no me hizo caso", relató Marta Ortega Quiñones, quien de momento se hará cargo de sus tres sobrinos hasta que el Patronato Nacional de la Infancia tome una decisión definitiva sobre el futuro de los menores. Este horrendo caso se suma a las decenas de decesos de mujeres a manos de sus compañeros sentimentales, que en lo que va del año ya suman tres.”

Notas

1. Córdoba: moneda de Nicaragua.
2. Papa: papá
3. Tapirul: borracho
4. Contra: ejército contrarrevolucionario de Nicaragua opuesto al régimen sandinista.
5. Chigüina: niña
6. Welding: soldadora
7. Bolos: borrachos